

luz falsa ante mis compatriotas. Es necesario apartarlos, y yo reto a mis enemigos a que señalen un solitario acto mío que haya sido en violación de los derechos civiles, nacionales o internacionales. [Aplausos.] Yo reto a cualquiera de los presentes a que señale un acto mío en Nicaragua que no tenga la marca del sello de la justicia. Hay quienes me han impugnado motivos tales, que el tratar de vindicarlos sería una absoluta burla. Hay quienes me han achacado motivos de avaricia y de mero provecho personal. De tales desdeño vindicarme. Los hombres que estuvieron conmigo en Nicaragua —mis compatriotas en armas— me vindicarán de la acusación de haber entretenido tales motivos. Mas hay otros motivos no tan deshonrosos a primera vista: que yo fui un simple soldado de fortuna, buscando colmar mi ambición, haciendo para mí mismo nombre y fama. Esa imputación la rechazo por ser igualmente sin fundamento; y espero convencerlos a ustedes de que no fui un simple soldado de fortuna, arriesgando las vidas y fortunas de mis compatriotas en aras de la ambición. Las acciones de mi mano demuestran un motivo más noble. Si algún propósito guía mis esfuerzos, ha sido el de extender la influencia americana y americanizar a Nicaragua. Durante treinta y cinco años, se ha librado la lucha por la libertad en las repúblicas centroamericanas. Las guerras civiles muestran que la gente es incapaz del autogobierno. Nicaragua estaba en anarquía cuando acepté la oferta de Castellón. Rehusé actuar en abierta violación de las leyes de los Estados Unidos. Pero dije que no se violaban las leyes de nuestro país cuando me pedían luchar en favor del partido democrático. Envié un agente donde Castellón, a decirle que el contrato entre nosotros debía hacerse en esa forma; que el general Cabañas me había pedido ayudarle a los hondureños, y que yo iría allá si Castellón recelaba que la presencia de los americanos en Nicaragua implicara algún peligro. Hincado de rodillas y en tonos suplicantes, el Presidente Provisorio de Nicaragua insistió que me quedara, y quería a los americanos en su bando, pues sabía que eran leales y fieles. Después de mi éxito en la ruta del Tránsito, hice un tratado en el cual Corral y su partido

aprobaron la presencia de los americanos. Esto lo hice para asegurar la buena voluntad de todos. No había un nicaragüense que pudiera decir, viendo el tratado, que Corral no había aprobado la presencia de los americanos. Siete días después, en presencia de los sacerdotes, ante quienes el general Corral y yo juramos el tratado, y antes de que la tinta terminara de secarse en el papel, él escribió cartas a los hondureños incitándolos contra los americanos. Éstas cayeron en mis manos, y yo sentí que podría decapitarlo; y que por lo estipulado en el tratado, él no podría evadir la ejecución. Este traidor, comprobado culpable, no alegó nada atenuante pero pidió clemencia *[sic]*. Yo sentí entonces, al igual que ahora, que lo que actuara la corte de justicia era sabio, y que la piedad era locura. [Aplausos.] Sentí que se impartiría justicia y piedad y que seis meses después de la muerte de Corral su partido sería vencido. Después de la ejecución de Corral el partido de Rivas se fue al lado de los democráticos y el general Cabañas le ayudó a los hondureños. Yo fui, por invitación, a ayudarle a los nicaragüenses. El general Jerez se unió a la solicitud que me hicieron. Hicieron todos los esfuerzos para influenciarme a que llevara a los americanos a Honduras. Yo contesté que los americanos estaban ahí como amigos de todos. A mi sugerencia se enviaron comisiones a Honduras y los demás Estados, a decir que deseábamos la paz, que nuestra política era pacífica, y que bajo las circunstancias, sería una torpeza el tomar bando. Jerez reconoció que mis sugerencias eran correctas. Él no era demócrata y no estaba en favor de ayudarle a Cabañas *[sic]*. A mi sugerencia se enviaron comisionados a decir que deseábamos la paz. Ya veremos hasta qué punto nos la concedieron. Entretanto, sucedió un evento importante. A sugerencia de don Patricio Rivas, se envió un americano a representar al gobierno en Washington. Yo me opuse a ello por ser mala política; pero yo no tenía el poder y mi oposición fue en vano. Ellos querían un americano que hablara el idioma americano. Ustedes saben, compatriotas, cómo se le recibió. Nadie puede pintar la sorpresa de los nicaragüenses, porque, el pretexto de Pierce y Marcy, es que lo rechazaron porque había nacido en los

Estados Unidos. Yo conocía muy bien el resultado, y les narré a ellos las relaciones que existían entre los Estados Unidos y Nicaragua; pero les aseguré que mis compatriotas conocían un poder más alto que el de los presidentes y gabinetes —que yo tenía infinita confianza en ese poder supremo que el pueblo tiene en sus manos —la verdadera soberanía americana. [Aplausos.] La alianza que siguió entre los cuatro Estados centroamericanos —la combinación contra los ciudadanos americanos en Nicaragua— se debe a Pierce y Marcy, por haber rechazado al Ministro nicaragüense. Eso llevó el asunto a su madurez. Inmediatamente los costarricenses, supuestamente el miembro más débil de la combinación, comenzaron las hostilidades con una declaración de guerra. Luego siguió el casi anómalo decreto por el que los costarricenses libraron la guerra, no contra el Estado, sino contra los americanos en Nicaragua. Así comenzó una guerra de las razas —la gran batalla entre los híbridos y los hombres blancos. Así pues, los americanos en Nicaragua no comenzaron dicha guerra; y yo reto a que produzcan un solo acto en el que ellos hayan hecho algo que no sea en sostén de los compromisos del pueblo de Nicaragua. Después de esto resulta que don Patricio Rivas se confabuló con los Estados Nortteños buscando que desertaran los americanos que ellos no podían expulsar a la fuerza. Los derechos americanos fueron ignorados en Nicaragua; sobornos de dinero, y hasta tierras, se ofrecían libremente al encontrarse con que nosotros arrostrábamos la guerra en sus peores formas, y sufríamos las pérdidas de vida causadas por el furor del hambre y la peste. No obstante, ellos pretendían estar convencidos de las seguridades que yo les daba de los méritos de mi posición, y estaban deseosos de que la elección de Presidente la hiciera el pueblo. Yo quería eso, pues bien sabía que las masas detestaban con un odio implacable el servicio militar obligatorio de los costarricenses. Se dio el decreto electoral, pero imagínense, que no se había declarado el resultado, y ya Rivas estaba fraguando una revolución, bajo el pretexto de que al pueblo lo intimidaba mi presencia. Pero "el malvado huye cuando nadie lo

persigue" —Yo no estaba allí; ellos se corrían de sus propias conciencias. A pesar de esta conducta de Rivas, las elecciones resultaron en mi elevación a la Presidencia. Por ello yo surgí como el único protector y representante legítimo de los nicaragüenses. Rivas fue previamente sólo el Presidente Provisorio. Yo era Comandante en Jefe de una porción del Ejército, y por mí fue que se le nombró para ese cargo. Yo fui co-garante, y después de la muerte de Corral, fui la sola causa de su elevación. Por mi juramento yo estaba obligado a sacar a Rivas cuando tomé posesión, pero fui justificado ante el mundo por la inequívoca voz del pueblo, que conocía los hechos bajo los cuales fui electo. No necesito narrarles los eventos que siguieron. Únicamente tengo que vindicar los actos de los americanos en Nicaragua. Todos ustedes saben por cuanto tiempo y con cuanto éxito luché: con qué medios hice retroceder al enemigo; arrostré el peor de los adversarios, la acechante peste que cundía violenta en Granada. Pero a no ser por una nueva influencia, que, me duele decirlo, viene casi tanto de mi propio país como del extranjero, podríamos aún estar en armas en Nicaragua. Es probable que no tenga derecho a esperar simpatía de los británicos, ni siquiera si se determinara sacrificando el honor y los derechos de los oficiales británicos, pero no necesito decirles a ustedes que los oficiales de las fuerzas armadas británicas fomentaron las desertiones de nuestro ejército. Ellos sólo obedecían el mandato de la autoridad superior. Pero cualquiera que haya sido la posición de estos oficiales, no puedo dejar de pensar que a menos que estuvieran dirigidos por una extraña colusión, ellos no habrían interferido con los ciudadanos americanos. Es imposible explicarlo excepto suponiendo que había americanos en el mismo bando con los británicos. Nuestros peores enemigos fueron americanos. Oh, que hubieran nacido en otro país. Para vergüenza nuestra, al nacer respiraron el mismo aire que los americanos honestos. No fue sino hasta en el postrer aprieto —el de revés y peligro— que un americano, portando el nombre y las armas de un oficial americano, consumó lo que la interferencia británica había comenzado. Es mi deber el explicar por

qué ya no estamos en armas: y que, por insignificante que sea el representante de nuestro gobierno, yo debo respetar la bandera americana tanto en él como en el oficial de máximo rango; y que, al rendirme, yo me reservé el derecho de apelar —no a el gobierno sino a los gobernantes— es decir, al propio pueblo. El capitán Davis hizo representaciones que yo no podía creer fueran verdad; y americano como era, cometió un acto que era en realidad de guerra contra Nicaragua. Pero consideren, compatriotas, que esa pequeña embarcación, la *Granada*, fue cubierta de gloria por manos americanas. Tripulada por americanos, había combatido una nave enemiga y había salido victoriosa en una batalla sin igual en los anales de las guerras navales desde los días de Paul Jones. Sí, compatriotas, ese evento, en el que triunfó la pequeña goleta nicaragüense, será recordado con orgullo por el historiador, y el 11 de abril estará por largo tiempo en la memoria del pueblo americano. ¿Quién de ustedes no se siente orgulloso del espíritu de hombría manifestado por un americano nacido entre vosotros? Sí, ustedes no pueden dejar de sentir que esa pequeña nave fue un hecho en la historia de la inventiva americana, rodeada de gloriosas memorias que no se pueden borrar. No obstante, a pesar de las glorias que ha añadido a nuestra fama, no pudo faltar un americano que cometiera un acto del que todo el que ama a su patria se debería avergonzar. Le tocó al capitán Davis hacerse miembro de una alianza entre los británicos y los híbridos de Centroamérica para expulsar del Istmo a nuestra raza. Él expresó su determinación de apoderarse de la *Granada*, y nosotros nos vimos obligados a ceder ante él. Sí, compatriotas, nos vimos forzados a hacer un trato, y a rendimos ante un oficial de la marina americana. Grande fue nuestra indignación cuando supimos que los americanos habían así interferido con la causa americana en Nicaragua. ¿Por qué esta acción de Davis? Porque él había recibido instrucciones de Washington. ¿Pero por qué le dieron estas instrucciones? Fue porque aquí se presentó la verdadera cuestión entre el tratado de Marcy a como era y los americanos en Nicaragua. Aquí estaba la fuente inicial. El Ministro americano en Inglaterra y los abolicio-

nistas en el Norte, decidieron que la esclavitud se debía excluir de un lugar donde los americanos no tenían control. No me importa qué ideas tengan los presentes, o lo que puedan decir en justificación, eso fue una simple combinación para excluir la acción de una soberanía de Honduras de las Islas de la Bahía. Entre los Estados de Nueva Granada y Costa Rica existía un problema limítrofe, originado principalmente por gente de Nueva York, los agentes de la compañía de vapores. También había una cuestión territorial entre Nueva Granada y Costa Rica y entre Costa Rica y Nicaragua en relación al Guanacaste y al territorio de la Mosquitia. La idea de este asunto era que Nueva Granada entrara en un arreglo con Nicaragua, que excluiría la esclavitud. Aquí comenzó la intriga británica en el deseo de confundir las relaciones de estos gobiernos con nuestras instituciones domésticas. Permítanme decir aquí que no deseo excitar sentimientos políticos sobre esta materia. Es, quizá, afortunado el que yo naciera en un Estado Sureño, aunque pudiera ser desafortunado el que yo no pueda considerar la esclavitud como un mal político o moral. Mis enseñanzas pueden no haber sido precisamente las de Wilberforce. Puede que haya tocado un punto demasiado sensible, mas creo haber acertado sobre la prueba de la interferencia británica. Miren hacia atrás al origen de la esclavitud en la Historia americana —¿Quién la introdujo en este país? ¿Fue acaso un hombre sin honor? Ciertamente pocos han escalado tan alto en valor moral como Las Casas, el sacerdote español, quien fue cabeza y frente de esta ofensa. Él la introdujo en el Siglo XVI, para aliviarles a los indios su sometimiento a los españoles. Hubiera sido mejor que la hubiera fijado permanentemente, no sólo en Cuba, sino también en las otras regiones de Centroamérica. Ciertamente fue sabio y mucho más liberal para su época que hasta los actuales seguidores de Clarkson y Wilberforce. Centroamérica estaba en peor condición que bajo el dominio español. El gobierno era un fracaso. La raza híbrida era el secreto de su decadencia. ¿Qué se debía hacer? A mí me tocaba americanizar Centroamérica. ¿Quién tenía el derecho de regenerar a las razas híbridas? Nadie más que el pueblo de los Estados Unidos, y

especialmente los Estados sureños. Por lo tanto, yo les pido a ustedes que realicen esta misión. No pueden, en justicia a ustedes mismos, soslayar el esfuerzo. No pueden dejar de aportar sus energías para ejecutar el gran principio de la influencia americana. En cuanto a mí, forzado aquí como estoy, no puedo dejar de pedirles que me ayuden a recobrar el influjo americano. Me han pagado mi deber, y no echaré pie atrás en el camino que he recorrido. No, señores, forzado aquí contra mi voluntad, siento que el deber me exige regresar. [Aplausos.] Todos los más cercanos y queridos para mí están allá. Allá duermen los hombres, soldados y oficiales, cuyos derechos no puedo dejar de ver perfeccionados. Aquí, también, los herederos de aquellos que han perecido reclaman que yo regrese. Que mientras siga respirando no dejaré una sola piedra sin voltear para asegurarles su herencia. Así pues, les pido a ustedes, compatriotas, hombres y mujeres cuyos amigos y parientes han perecido, que me brinden su auxilio —a los hombres que me ayuden con sus fortunas y recursos —a las madres que cerquen de espadas el cinto de sus hijos —y a la doncella que escuche al amante a sus pies, hasta que le prometa ir a cumplir su misión del deber. Sí, compatriotas, yo les pido a todos ustedes por los gloriosos recuerdos del pasado y las brillantes perspectivas del porvenir, que me ayuden a realizar y perfeccionar la americanización de Centroamérica.

Tremendos aplausos, en medio de los cuales el General se retiró.⁶⁰⁴